

PUERTA DE ALCALA

EL NOTICIERO
UNIVERSAL
BARCELONA
24. NOV. 1964

MADRID... AL APARATO

LAS TERTULIAS LITERARIAS

Madrid. (Crónica especial para EL NOTICIERO UNIVERSAL.) — Una noche me decidí y entré. Allí estaba Emilio Carrere sentado en el diván rojo, con dos mujeres a los lados y unos cuantos amigos en torno suyo, con aspecto de mendigos. Carrere había sido amigo de mi padre e inmediatamente me invitó a sentarme en la reunión. Fue ésta la primera tertulia literaria que conocí en mi vida. Era en el café Varela, que había frecuentado Valle-Inclán y, posteriormente, don Antonio Machado. El café se transformó después en una cafetería que, a pesar de haberla hecho muy americana, sigue conservando un no sé qué antiguo de cafetín de tiempos de la Regencia. El Varela tenía mucho encanto, con sus grandes espejos turbios, sus columnas pintadas de color crema, sus divanes de peluche, sus lámparas estilo "art nouveau" y sus camareros con aspecto de burócratas. En su tertulia, Carrere permanecía siempre con el sombrero puesto, un chambergo negro y desteñido, y era como un rey al que nadie se atrevía a replicarle. Los camareros le saludaban con reverencia y le llamaban don Emilio como si le titularan su ilustrísima. Mis relaciones con él empezaron y terminaron aquella misma noche porque ya no volví por el café ni me encontré en ninguna parte con el poeta. Aquella noche Carrere despotricaba contra los jardines que acababan de inaugurar en la plaza de Oriente, de los que decía que se parecían al cementerio del "Ternorio" por las estatuas de los reyes godos y los cipreses que habían plantado en ella.

Mi segunda tertulia fue la del Gijón, que continúa existiendo aunque muy distinta a aquella de los años cuarenta. Cuando empecé a frecuentarla se reunía allí el grupo de la "Juventud Creadora", que habían fundado Pedro de Lorenzo, José García Nieto, Jesús Ravuelta y Jesús Juan Garcés, grupo que editaba la revista poética "Garcilas", en la que se propugnaba la vuelta al clasicismo y a los temas imperiales y religiosos. Iban por allí también Camilo José Cela, Enrique Azcoaga, Víctor Ruiz Iriarte y los pintores Pedro Bueno y Rafael Pena, además de otros muchos poetas y artistas jóvenes. Los sábados por la noche, que era el día de gala, la tertulia llegaba a congregarse veinte o treinta personas que permanecían allí hasta altas horas de la madrugada discutiendo acaloradamente sobre todo lo humano y lo divino, fumando y bebiendo café. El café lo servía Manolo el camarero, un mozo también joven, como los que se sentaban en los divanes, que llegó a contagiarse de literatura y escribió una novela. Otro contagiado por aquella oleada literaria fue la señora que vigilaba los retretes, que un día nos sorprendió, como Manolo, con otra novela, ésta psicológica, en la que todos los personajes eran mujeres.

El grupo de la "Juventud Creadora" fue perdiendo contenido ideológico y los postulados que propugnaba se fueron transformando. La revista "Garcilas" terminó por ser una revista abierta a todo el mundo, en la que se podía escribir de lo que uno quisiera, sin ninguna imposición, y en ella empezaron a aparecer los primeros poemas "comprometidos", esta vez con postulados completamente contrarios a los que la "Juventud Creadora" se había propuesto.

La tertulia del Gijón llegó a ser la más influyente y numerosa de Madrid y por lo tanto de España. Con el tiempo fue perdiendo el carácter minoritario que tuvo al principio y se transformó en un cenáculo de lo más mayoritario y ecléctico.

Junto a los literatos, acudían entonces al Gijón los tipos más diversos y extraños. Uno de estos tipos que animaban la tertulia en los días de tedio era don Rafael Vilaseca, funcionario de no sé qué, hombre ocurrente y agudo, que escribió un poema épico al que tituló "La Gijonada", en el que recoge la nómina completa de los asiduos a la tertulia. "La Gijonada" está escrita en romance, un romance lleno de ripios y de chistes. Don Rafael, con sus setenta y cinco años, venía con nosotros, de los que podía ser abuelo, y participaba en todas nuestras cuchipandas literarias. Otro tipo que caía por allí de cuando en cuando era Cristobalía, un santanderino con melena y barba, como un apóstol, que se titulaba "campeón mundial de boxeo mental" y que hablaba en verso constantemente. Cristobalía terminó recluido en una clínica psiquiátrica, quizá de tanto ejercicio mental.

Marino Gómez-Santos escribió un libro sobre el café Gijón, en el que recoge algunas de sus historias, pero no creo que sea la crónica que la tertulia de este café mereciera. Se podría mejorar y yo creo que sería éste un trabajo muy útil porque en el Gijón se coció, entre 1943 y 1955, gran parte de la literatura española de esta época.

Ahora, un periodista, Rafael Flórez, está preparando un libro que llevará el título de "Veinticinco años de tertulias literarias españolas". Flórez ha convocado, para anunciarlo, una reunión de representantes de tertulias y los ha invitado a comer. Se trataba de ajustar algunos datos, de subsanar algunos errores o corregir algunos olvidos. El libro será editado próximamente. Estoy seguro que será una pieza indispensable para la gran historia de las tertulias literarias que alguien debía escribir.

Pablo CORBALAN